

Mis
libros

Disney
FROZEN
ORÍGENES

La magia helada de

ELS A



8-10

Disney
FROZEN
ORÍGENES

La magia
helada de
Elsa



ESCRITO POR KATE EGAN

ILUSTRACIONES DE
MARIO CORTÉS

LIBROS **Disney**

© 2020 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-17062-06-4
Depósito legal: B. 300-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1 Sommerhus

Mientras el carruaje real se abría paso por un sendero que discurría entre hileras de altos pinos, Elsa solo podía pensar en lo mucho que se estaba alejando del castillo. Lo único que oía era el constante *tocotoc-tocotoc* de los cascos de los blancos caballos contra el suelo y el canto de pájaros lejanos. Y claro, la voz de Anna, su hermana pequeña.

—¿Ya hemos llegado? —decía Anna cada dos por tres—. ¿Falta mucho?

Era verano y la familia de Elsa hacía su viaje anual a Sommerhus, una pintoresca casa de campo que había en un pueblecito situado a las afueras del bosque de Arendelle. Cada verano, dejaban atrás su residencia habitual y pasaban unas semanas allí ellos solos, sin el personal asistente ni las responsabilidades reales.

En el castillo, Elsa se dedicaba todos los días a prepararse para ser reina, aunque aún faltara mucho tiempo para ello. Pasaba horas estudiando con su institutriz, repasando los nombres de antiguos gobernantes y un sinfín de cuestiones relacionadas con el protocolo real. Sin embargo, en Sommerhus no tenía que preocuparse por su futuro. Allí, todos vivían como una familia normal, y Elsa era una niña como cualquier otra.

Su madre, la reina Iduna, miró por la ventana mientras el carruaje pasaba junto a una hilera de árboles. Después de aspirar profundamente, dijo:

—¿No os encanta el olor a cedro?

—¡Creo que casi hemos llegado! —gritó Anna. Se asomó por la ventanilla del carruaje y señaló un camino de guijarros—. ¡Sí, aquí es por donde tenemos que desviarnos!

El padre de Elsa, el rey Agnarr, extendió el brazo para asegurarse de que Anna no se cayera por la ventana.

—Aún falta un poco —le dijo—. Ten paciencia. Llegaremos enseguida.

Elsa miró a su hermana y esbozó una sonrisa divertida. Ahora que estaban a punto de llegar, no podía contener su impaciencia.



Mientras pensaba en todo lo que viviría durante las vacaciones, la mente le iba a mil por hora. Le encantaba la sensación de estar a solas con su familia en un rincón del bosque. Esperaba con ilusión hacer todas las actividades típicas del verano: jugar, cantar y salir de excursión a la montaña. Y por supuesto también habría aventuras nuevas. ¿Cómo serían?, se preguntaba.

El carruaje se zarandeó al pasar por encima de un bache. Y entonces Elsa supo exactamente dónde estaban.

—¡Es aquí! —exclamó emocionada.

Cuando se inclinó para abrazar a su hermana, observó y reconoció al instante la iglesia de madera del pueblecito cercano a Sommerhus. Elsa se conocía al dedillo el resto del camino.

Doblaron otra curva, cruzaron la plaza del pueblo y se acercaron a un caminito de adoquines. Al final de este tramo, Elsa divisó la alegre casa de campo, con sus sólidas paredes de madera y los ribetes rojos en la puerta y las ventanas. Había macetas de flores en los alféizares y la hierba estaba recién cortada. Sommerhus era tan acogedora y agradable como recordaba.



En cuanto el carruaje se detuvo, las niñas se bajaron y corrieron hasta la robusta puerta de entrada. Por más que lo intentó, Anna fue incapaz de abrirla, así que Elsa se dispuso a ayudarla.

—Uno, dos... ¡y tres! —contaron las dos.

Y la puerta que les daba acceso a sus aventuras veraniegas se abrió de par en par.

Elsa entró en la casa y dio una vuelta fijándose bien en todos los detalles.

Primero vio la larga mesa de madera en la que compartiría las comidas con su familia. Detrás había un reloj de pie que había pertenecido a su abuelo y la gran chimenea que calentaría la casa durante las noches más frías.

En cada esquina había montones de libros y juegos. En una repisa estrecha, en lo alto de la estantería, lucían los platos que su madre traía de sus viajes oficiales como reina. Y colgados de la pared estaban los violines que su padre coleccionaba, y que solía tocar por las noches. Todo era exactamente como recordaba.

Elsa cogió a Anna de la mano y subieron juntas la escalera, saltando los peldaños de dos en dos.

—¡Vamos a ver nuestro cuarto! —dijo.

En la casa de campo, las dos hermanas compartían una habitación en el altillo. Era pequeña y oscura, y algunas noches oían caer las gotas de lluvia sobre el tejado. Allí era donde Elsa había tenido sus sueños más felices.

Entraron en la habitación y Elsa se tumbó en su cama. Anna se subió a la suya y empezó a dar brincos.

—¡Y ahora vamos a explorar! —dijo.

Pero Elsa aún no estaba preparada para ello. Quería empaparse de la sensación de estar por fin en Sommerhus. Por suerte, sabía cómo mantener ocupada a Anna un ratito.

—Aún no —dijo—.
Pero mira esto.

En la parte del cuarto que era de Elsa, había un pequeño baúl de madera con un ribete rosa. Elsa se levantó de la cama, se agachó delante del baúl y alzó la tapa. Las bisagras chirriaron.

Dentro del baúl había los juguetes con los que solían jugar en Sommerhus.

Elsa ya tenía ocho años y había superado la etapa de los bloques de construcción y las peonzas, pero había algunos juguetes para los que nunca sería demasiado mayor. Escondidas en el fondo del baúl, y cubiertas con mantas suaves, había un par de muñecas que le



encantaban. Tomó a una de ellas en brazos, con mucho cariño y afecto. La muñeca tenía trenzas rubias y los ojos de un azul intenso. Elsa la abrazó y le dijo:

—¡Qué alegría verte, Hildy!

—¡Hanna! ¡Hanna! —exclamó Anna, apartando a Elsa. Cogió a la otra muñeca del baúl y la elevó en el aire—. ¡Hemos vuelto!

La muñeca era pelirroja, del mismo tono que el cabello de su dueña. Anna se la arrebató a Elsa y, unos segundos después, estaba vistiendo a las dos figurillas con ropa de verano.

Elsa volvió a su cama y se echó sobre la almohada, suspirando y sonriendo. Echaría de menos algunas cosas del castillo, por supuesto, pero Sommerhus también era su hogar. No solo era el sitio donde pasaba tiempo con su

familia y se tomaba un respiro de las lecciones, sino que era el lugar donde podía ser ella misma... totalmente ella misma. En Sommerhus no tenía que esconder su magia.

Desde la última vez que había estado allí, Elsa había aprendido mucho sobre su asombroso poder. Podía crear hielo y nieve cuando quisiera. Bueno... o casi. Hasta que no aprendiera a usarlo adecuadamente, tenía que practicar a escondidas. En Sommerhus, nadie de fuera de su familia la vería (y nadie la querría detener) y podría poner a prueba los límites de su magia.